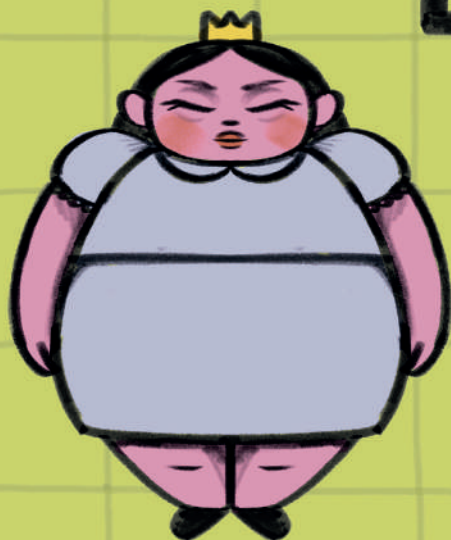
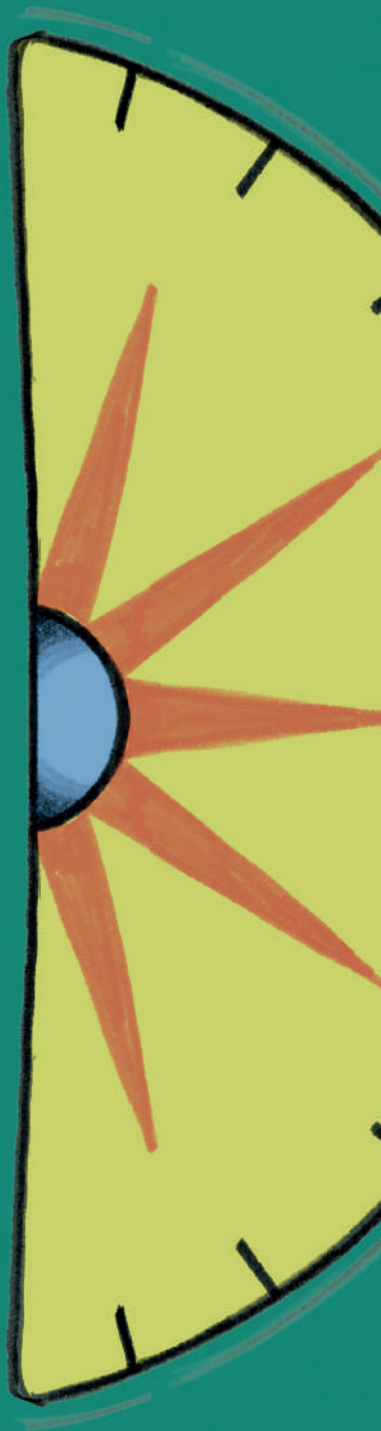
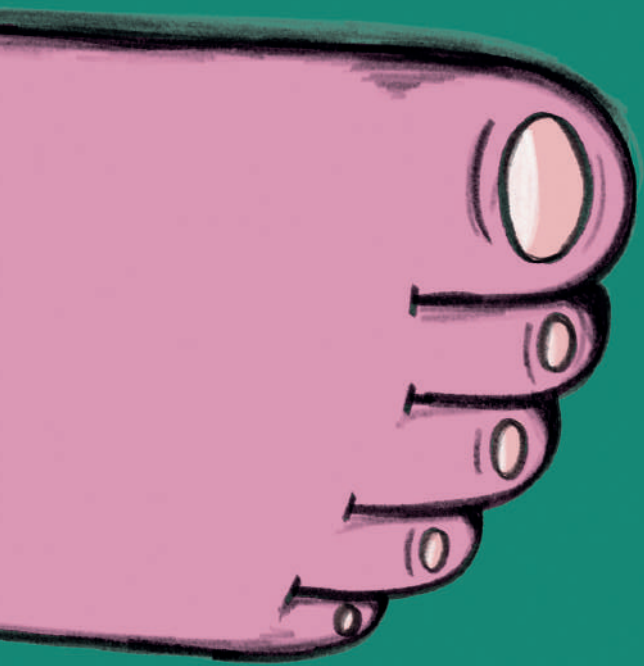
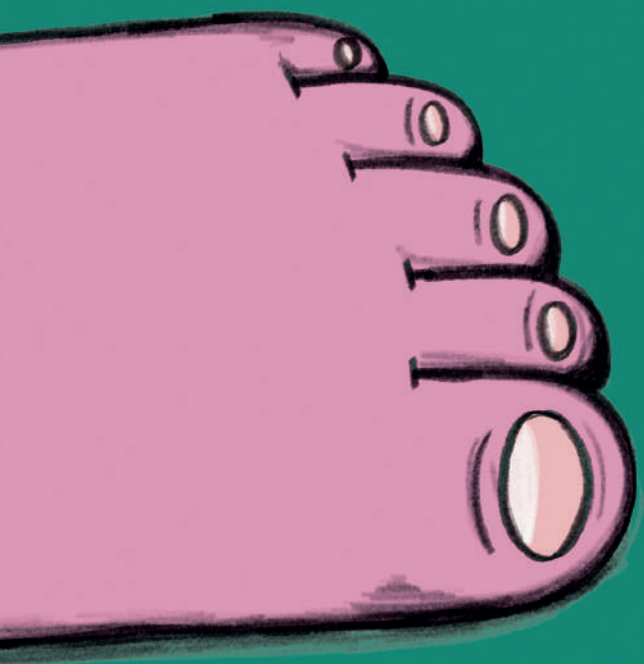




La otra Niña

Valeria Loera | Ilustrado por Bolom





La
tra
Niña

alas  raíces

COLECCIÓN

ALAS DE
LAGARTIJA

La otra niña

Primera edición, 2026
Colección: Alas de Lagartija

© Valeria Edith Loera Gutiérrez, por los textos.
Ilustraciones: Paulina Sepúlveda Vela.

D.R. 2026 de la presente edición:
Secretaría de Cultura / Coordinación Nacional
de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces
Dinamarca 84, segundo piso, Col. Juárez,
Alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06600, Ciudad de México.

www.cultura.gob.mx
www.alasyraices.gob.mx

Coordinación editorial y edición: Diana Eugenia Bastida Cabello.
Revisión: Mónica Zárate Ambriz.
Producción: José Francisco Rosas García

Se utilizaron las fuentes Noto Sans y Literata.

Las ilustraciones de este libro fueron realizadas con la colaboración de creadores del Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales, que realizan su actividad de interacción social y cultural PICS, año 2026.

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Coordinación Nacional de Desarrollo Cultural Infantil-Alas y Raíces de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la previa autorización por escrito de la Secretaría de Cultura.

ISBN del libro: 978-607-631-373-2
ISBN de la colección: 978-607-631-085-4

Impreso y hecho en México



**Gobierno de
México**

Cultura
Secretaría de Cultura

La
tra
Niña

Valeria Loera
Ilustrado por Bolom



alas raíces

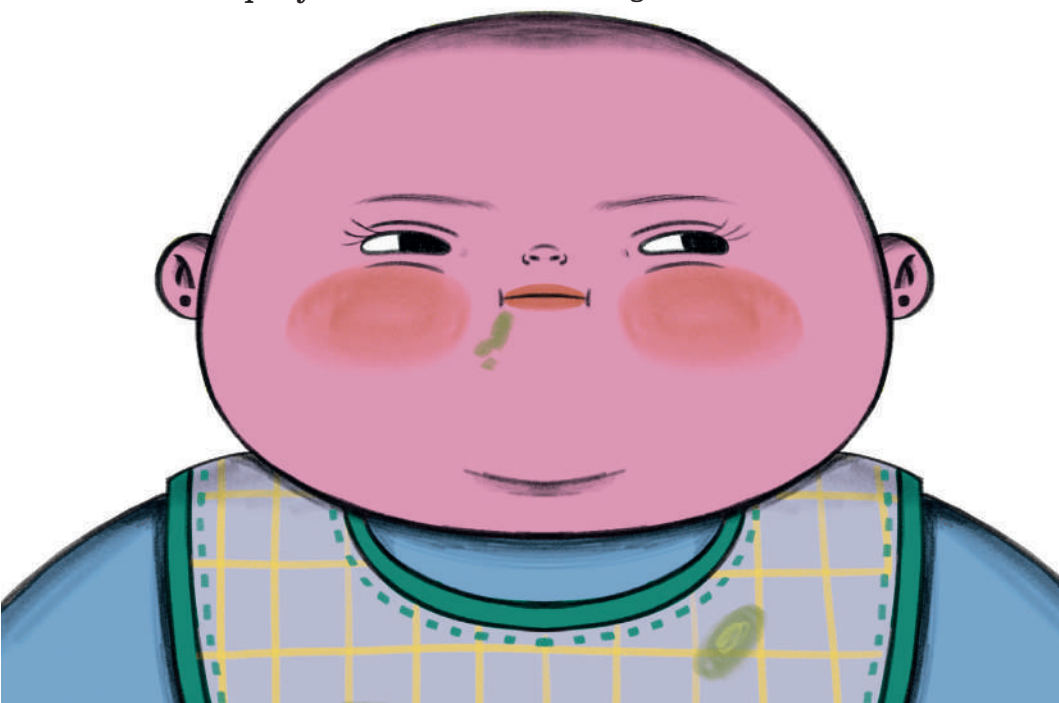


SISTEMA DE APOYOS
A LA CREACIÓN Y
PROYECTOS CULTURALES

Dedico este libro a la pequeña Valeria
y a todas aquellas niñas
a las que les hicieron creer
que no eran suficiente.
Lo son.

“Otra niña”, así me dijo el doctor a mis apenas ocho añitos. Ah, porque a mí me pusieron a dieta desde los seis, cuando vieron que estaba un poquito más “anchita” que las niñas de mi edad... Lo cierto es que esta coraza vino conmigo de nacimiento.

Hay dos cosas que mamá siempre cuenta sobre el día en que nací: La primera es que yo fui la única niña, o sea, mujer, dada a luz aquel 23 de marzo en ese hospital. El resto fueron varones, lo que significa que nací rodeada de hombres... Y esa sería la primera, única y última vez, porque, en adelante, el género masculino más bien trataría de evitarme a toda costa... La segunda historia que le gusta contar a mi mamá sobre el día de mi nacimiento es... que yo... yo era... que yo era una bebé... bien gordita.



—¿Qué?

Gordita.

—¿Cómo?

Gordita.

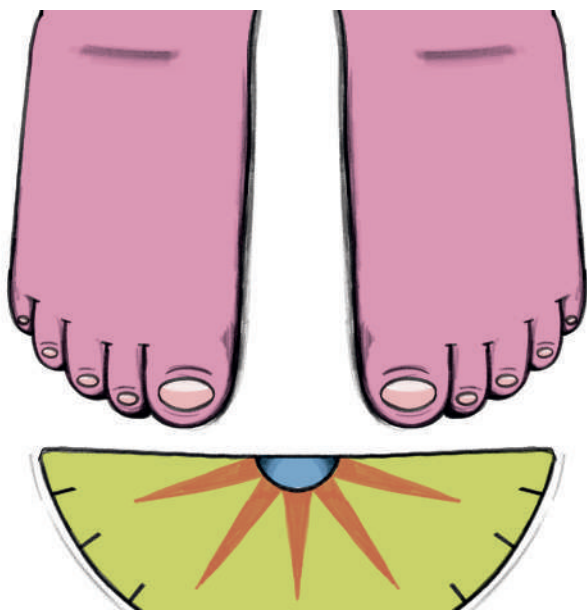
—No se te entiende nada.

¡GOR-DI-TA!

Odiaba hablar de esa anécdota.

“Pesabas casi cinco kilotes y estabas bien rosita y cachetona”, decía mamá cada que contaba la historia, y todos se echaban a reír.

Y a mí me daba mucho coraje que se rieran de mí. Coraje y vergüenza de que todo el mundo se enterara de que apenas llevaba un solo día de existir y ya era



gorda. Porque hay cosas que una aprende desde bien chiquita, entre ellas que ser gorda no es nada bueno.

Pronto mi mamá comenzó a llevarme con un montón de doctoras y doctores, aunque yo no estaba enferma ni me dolía nada, para que me adelgazaran a toda costa.

“Otra niña”, así lo dijo el doctor esa tarde. Cuando llegamos a su consultorio frío y blanco, me midió, me pesó y me hizo las mismas preguntas que hicieron todos los anteriores: Que si me gusta comer muchos dulces, que si no me gustan las verduras, que si hago ejercicio... Pero al final, me dijo algo que ningún otro doctor o doctora me había dicho antes:

—Mira, lo que tú tienes se llama obesidad. ¿Sabes lo que eso significa?

A mis ocho años yo ya sabía todo lo que esa palabra significa, aunque no me lo hubieran definido tan claramente:

Tristeza

Burlas

Incomodidad

Flojera

Fealdad

Enfermedad

Y una laaaaarga lista de cosas malas...

Pero me limité a negar con la cabeza. Entonces el doctor me explicó:

—Imagina que cuando tú haces todas las actividades que hacen tus amigos, como correr, jugar, hacer deportes o bailar... Es como si todo el tiempo estuvieras cargando a otra niña.

Comprendí entonces que no siempre “más” significa “mejor”. Y mientras trataba de procesar toda esa información, el doctor me dio una dieta —otra de tantas—, a la vez que le decía a mi mamá, con un tono tan severo que yo creo que hasta ella se sintió regañada, que no debía “cumplirme mis antojos”, que para que la dieta funcionara ella tenía que ser firme conmigo.

Ese día nunca se me va a olvidar: la cara de vergüenza de mi mamá, el hueco en mi panza... Pero no de hambre, sino de sentir un no sé qué arremolinado en el fondo del estómago. Las ganas de desaparecer, esconderme para que ya nadie pudiera verme, pero al mismo tiempo sintiéndome tan inmensa, tan expuesta, ocupando el doble de espacio en el consultorio... en el mundo... Y con la sensación de que se había instalado un peso extra sobre mis hombros, un peso que a partir de ese día llegaría para quedarse.

Para mi cumpleaños número nueve mi mamá me dejó hacer una fiesta en la casa. Invité a todos mis compañeros del Quinto “B”, y a Andrea, que estaba en el “A”.

Los del A y los del B no nos llevábamos nada bien; éramos enemigos naturales, como perros y gatos, como agua y aceite, como emos y punketos... Como muchas cosas que nomás no van.

Mientras ellos presumían ser el “A” de “Aplicados” y decían que nosotros éramos el “B” de “Burros”, nosotros contraatacábamos y les respondíamos que nel,



que la “B” era de “Buenos” y “Bonitos”, en cambio, eran ellos los que estaban en el “A” de “Asnos”, “Apesotosos”, “Aberrantes”, “Alcornoques”, “Aparentemente tontos” y todas las malas palabras con “A” que se nos ocurrían o que encontrábamos en el diccionario.

Andrea era la única niña del “A” que sí me caía bien. Me juntaba con ella en el recreo porque las niñas de mi salón rara vez jugaban conmigo; nunca supe si era porque yo era mala en los juegos de correr, por ser la favorita del profesor y estar en el cuadro de honor, por tener asma y alergias, por nunca llevar lunch rico para compartir, o por todas esas cosas juntas, combinadas y revueltas.

El caso es que yo les caía mal. ¿Pueden creerlo?

Gorda. Les caía gorda.

¿Es rara esa expresión, no? Cuando alguien te desagrada te cae “gorda” o se te hace “bien pesada”; pero si alguien se te hace cool, no dices: “Ay, me cae bien delgada, qué liviana”.

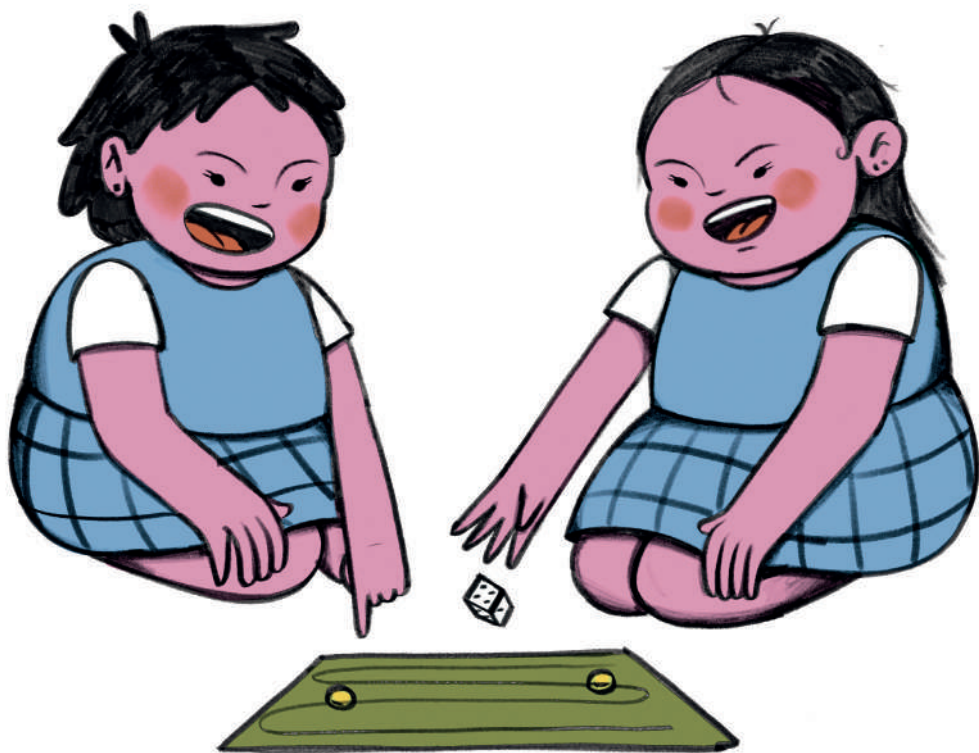
¿Qué culpa tenemos las gordas? Si yo conozco a personas gordas rete buena onda y, en cambio, he conocido gente flaca bien requetemalosa. Bueno, sin generalizar, como dice mamá: “De todo hay en la viña del Señor”...

Decía que Andrea, la del “A”, era gordita como yo y también estaba en el cuadro de honor. Por eso nos hicimos amigas... Por eso y porque a las dos nos molestaban en la escuela.

Aun así yo estaba muy contenta por celebrar mi cumpleaños. La noche antes de la fiesta casi no pude dormir. Nunca puedo dormir de la emoción cuando sé que al día siguiente pasará algo especial.

Recuerdo que ese día me desperté muy temprano, limpiamos muy bien el patio y lo decoré con globos de colores y serpentinas, también le ayudé a mi mamá a preparar la ensalada de coditos con jamón, los canapés y las gelatinas que íbamos a servir.

Luego me puse el que para entonces era mi vestido favorito en el mundo entero: un vestido rosa pastel con mangas abullonadas, perlititas bordadas y una falda de tul esponjosa, esponjosa, como de princesa. Mamá sugirió que me cambiara de vestido porque



ese ya me quedaba un poquito apretado... La verdad es que me apretaba un montón, pero esa era mi última oportunidad de usarlo, porque después sí que ya no me iba quedar nadita, y yo con ese vestido me sentía tan bonita, y eso no es algo que me pase seguido.

Los primeros en llegar a la fiesta fueron Alan y sus amigos. Hasta se me hizo raro que vinieran porque yo no me juntaba con ellos... Eran muy groseros: se la pasaban molestando a todos en general, pero a mí en particular. Alan era mayor que todos, ya había reprobado dos veces el curso, y si te atrevías a burlarte de eso, o siquiera mencionarlo, te esperaba un catorrazo bien dado con el Atlas de México.

Nadie en su sano juicio quería exponerse a eso. Cada vez que hacíamos Educación Física y nos tocaba correr, Alan me gritaba: "Toing, toing, toing". Y él y su bola de amigos zopencos se tiraban al piso fingiendo un terremoto... A todos les daba mucha risa. A todos, menos a mí.

Como mamá había puesto de condición para la fiesta que tenía que invitar a toodo el salón, no me quedó de otra más que aguantarme... Pero cuando vi que me traían regalos, pensé que al menos por un día podía perdonarles poquito todas sus burlas, así que los pasé al patio y les ofrecí gelatinas de uva y de limón.

Luego empezaron a llegar las niñas. Fue muy raro verlas a todas fuera de la escuela y sin el uniforme... Todas se veían muy modernas y a la moda, algunas hasta llevaban maquillaje. Ellas también llegaron con

regalos y, aunque no eran mis amigas, me estaban tratando... Bien... Bueno, era mi cumpleaños, a fin de cuentas, nadie puede tratarte mal ese día, o eso creía.

Pasado un rato, noté que las niñas andaban diciendo cosas sobre mí, porque se veían entre ellas y cuchicheaban quién sabe qué cosas y se reían. Más tarde, Andrea la del “A” me dijo que se estaban burlando de mi vestido porque se me veía muy apretado.

Me metí rápido a mi cuarto a cambiarme de ropa y me tardé un montón porque me costó mucho trabajo sacarme el vestido yo solita. Cuando salí, llevaba puesto un conjunto de shorts y blusa de florecitas azul con verde, que no estaba tan bonito, pero me quedaba bien.

Mamá dijo que me veía bien fodonga con esos shorts, pero yo ya no me quise volver a cambiar. Ella ya ni se enojó, nomás me dijo:

—Haz lo que quieras.

Y me puso a repartir los platillos con ensalada de coditos, canapés, chicharrones con salsa y un vaso de soda de naranja para cada invitado.

Mientras todos comían, para alegrar el ambiente saqué el MP3 de mi hermano, donde venía la canción de Lady Gaga, esa en la que dice: “p-p-p-poker face”.

A mis compañeros les dio risa, pero no estaba segura de si fue porque les gustó la canción o porque se les

hacía fea. Ni chance de averiguarlo porque entonces salió mi hermano muy enojado y me gritó:

—¡Gordis, ya te dije que no andes agarrando mis cosas!

Y se hizo un silencio enorme, casi del tamaño que yo me sentía en ese momento. Me sudaron las manos, se me pusieron rojos los cachetes y las orejas. Yo apretaba los puños, y sólo quería que me tragara la tierra, pero siendo tan voluminosa no había un solo lugar en el mundo en el que pudiera esconderme.

Alan fue el primero en soltar la risotada, seguida de un:

—Gordis, gordis, gordis.

En mi casa siempre me han apodado de esa manera. Aunque yo siempre me enojaba, hacía berrinche, lloraba, pataleaba y les decía que no me llamaran así, que no me gustaba, todos lo siguieron haciendo. “Es de cariño”, me decían.

Creo que nunca voy a terminar de entender qué significa la palabra *gorda*. ¿Es un insulto o un cariño? Para mi familia es un cariño, pero yo sé que cuando me lo dicen los niños en la escuela lo hacen para burlarse; cuando me lo dice alguien que no me estima, su intención es herirme. Eso me confunde mucho.

Me gustaría que mi familia pudiera encontrar una forma de demostrarme su amor sin que me duela ni

me avergüence. En todo eso pensaba cuando aquellos molestos “Gordis, gordis, gordis” me regresaron a la tierra.

Me puse todavía más roja, quién sabe si de vergüenza o de coraje hacia mi hermano, pero me dieron tantas ganas de llorar que salí corriendo, me encerré en mi cuarto y me pasé casi toda la fiesta ahí, hasta que mamá se dio cuenta de que no estaba en el patio y fue a decirme que no fuera grosera con los invitados y que saliera para partir el pastel.

Yo tenía muchas ganas de decirle que, si por mí fuera, todos los invitados se podían ir al cuerno, y que al fin y al cabo ni tenía ganas de comer pastel... Pero la verdad sí tenía muchas ganas porque el pastel de fresas con crema es mi favorito y, aparte, no alcancé a comer nadita antes de la profunda humillación por la que me hicieron pasar mi hermano y Alan, así que sí, sí traía un montón de hambre.

Y no me pregunten por qué, pero siempre he pensado que los pasteles de cumpleaños saben mucho mejor que los pasteles normales... Tal vez porque los cubre la magia de las velas a las que les puedes pedir un deseo, y a mí me encanta pedir deseos. Así que me tragué todo mi orgullo, porque siendo gorda, hasta eso se traga una... Eso sí, dejando espacio para el postre.

Salí de mi cuarto y se apagaron las luces, la única iluminación en toda la sala era la que provenía de las velitas de mi delicioso pastel de cumpleaños. Entonces todos empezaron a cantarme las mañanitas. Ya

hasta se me estaba olvidado lo mal que la había estado pasando, cuando de repente y sin aviso Alan gritó:

—¡Ándale, gordis, pide un deseo!

Y otra vez todos empezaron a reírse de mí.

Ya ni quise soplar las velas del pastel, nomás me di la media vuelta y me fui de regreso a mi cuarto, y esa vez ni los reproches de mi mamá lograron hacerme salir hasta que no se fueron todos y cada uno de los invitados. Ni siquiera me despedí de Andrea.

Cuando me aseguré de que no quedaba nadie en la sala, salí a abrir mis regalos: algo tenía que haber valido la pena después de esa fiesta tan desastrosa. Recibí el juego de química de Mialegría, unos broches de colores para el cabello, una de esas pinturitas para la cara en forma de mariposa, un My Little Pony y un diario.

Entonces, vino mamá y me dio un obsequio especial que venía dentro de una cajita chiquitita y me emocioné porque la gente siempre dice que los mejores regalos vienen en empaques pequeños... Hasta en eso es mejor no ser grande.

En la cajita había un anillo de plata con unas piedritas verdes brillantes muy bonitas. Era la primera vez que me regalaban una joya de a de veras. Quería ponérmelo y usarlo por siempre, no quitármelo jamás, hasta que mamá me dijo:

—Éste no es un anillo normal, este anillo representa una promesa; la promesa de que al fin le vas a

echar ganas para adelgazar, y siempre que lo uses, te debes de acordar de no comer tanto.

Yo sé que no lo hace a propósito, pero mamá siempre encuentra la forma y el momento de hacerme sentir triste.

En la mesa sólo quedaban las sobras de mi delicioso pastel de cumpleaños que yo no había ni probado. Encendí una velita y me puse el anillo que me dio mi mamá... Mientras veía las hermosas piedras verdes brillar intensamente por la luz de la vela que chocaba contra ellas, pensé por largo tiempo en mi deseo... Hacía mucho que venía planeando lo que iba a pedir, porque los deseos de cumpleaños, al igual que los pasteles, son especiales, y si hay deseos que se pueden cumplir, son esos.

Ahora no puedo recordar qué es lo que iba a desear antes de todo lo que pasó ese día; en cambio, nunca se me va a olvidar lo que finalmente deseé, porque juro que lo hice con todas las fuerzas de mi alma. La cera de la vela ya se había derretido por completo sobre el pastel... No importaba, igual no me lo podía comer por la promesa que acababa de hacerle a mamá.

Antes de que la luz de la vela se extinguiera, cerré fuerte mis ojos y, al soplar, deseé con todo mi corazón ser alguien más: una niña delgada y bonita, y no la niña que era... La niña que carga a otra niña, la que soy.

III

Para cuando cumplí los doce ya estaba en la secundaria y el dichoso “estirón” que convierte a las niñas gorditas en adolescentes delgadas, nomás no me pasó.

—Te estiraste, pero pa los lados—me dijo el gaznápiro de mi hermano.

Andrea, en cambio, sí que enflacó. También le crecieron las nalgas y las chichis. Y pese a que entonces se parecía más a la clase de chicas que no se juntaban conmigo, seguíamos siendo amigas... Aunque no por mucho.



Todo fue por culpa del grupo de teatro. Desde hacía mucho que yo quería tomar clases de actuación, pues siempre me han gustado los disfraces y jugar a ser otras personas, pero cada que le suplicaba a mamá que me inscribiera a clases de teatro, decía que no teníamos dinero. Ah, pero eso sí, curiosamente para clases de natación, karate, básquetbol o cualquier actividad deportiva que me ayudara a adelgazar, mágicamente sí había dinero.

Por eso, cuando en la secun nos invitaron a formar parte del club de teatro, no lo pensé dos veces. Era mi oportunidad... Pero me daba pena ir yo sola.

Tengo que reconocer que para una chica que la mayoría del tiempo quería pasar desapercibida, aquel deseo de actuar resultaba un tanto... contradictorio. Honestamente, en aquel momento ni yo lo entendía. La cosa es que sabía que sólo necesitaba un “empujoncito”, algo de apoyo moral para lograrlo. De modo que, tras mucho rogarle a Andrea, finalmente aceptó acompañarme.

Ese fue un grave error, pues ahí empezó todo... O mejor dicho, se terminó... Bueno, empezó a terminar. El grupo de teatro era un hábitat... “curioso”: reunía a los populares y a los inadaptados por igual.

Casualmente, siempre eran los populares quienes tenían los protagónicos o los mejores y más simpáticos papeles, mientras que los “ñoños” no pasábamos de poner la música, cargar la escenografía, y si alguno tenía la suerte de pisar el escenario, era sólo para ser la sombra tres del árbol cuatro.

Está de más decir que yo no pertenecía al grupo de los populares, pero eso no me desanimó, pues bien se sabe que lo que realmente importa es el talento... O al menos eso es lo que siempre dicen en las películas, y yo estaba convencida de que había nacido para ser protagonista, no espectadora. Por lo que, cuando anunciaron que habría audiciones para actuar en la nueva producción escolar *La princesa y el sapo*, escrita, dirigida y adaptada por el profesor de teatro, el señor Kristoff, supe que era mi gran oportunidad.

El señor Kristoff era un caso... “especial”, como esos maestros de Educación Física que te ponen a jugar básquet o fut, o a correr alrededor de la cancha, pero ellos nunca hacen nada. De esos a los que nunca has visto hacer nada relacionado con el deporte, más allá de caminar a la cafetería a comprarse una Coca y usar conjuntos de licra en colores neón. Pues acá era lo mismo, pero en el teatro: el profesor Kristoff era un pésimo actor, un terrible director, como escritor daba lástima... Y aun así, se las arreglaba para ser todavía peor como maestro. Pero era lo que había, y para poder actuar en las obras, había que convencerlo a él.

Practiqué por semanas frente al espejo y después frente a Andrea para combatir el pánico escénico. Estaba decidida: yo sería la princesa. Esos días con Andrea fueron los más divertidos. Al principio, cuando recién entramos a la secundaria, y al volver a quedar en salones diferentes, nos distanciamos un poco, pero esto nos unió de una forma especial... Hasta el día de la audición. Ese fatídico día.

Nos chutamos cientos de monólogos, cada uno más aburrido, soso y mal actuado que el otro.

—Es pan comido, ya es tuyo— me dijo Andrea con una sonrisa cómplice. Y miren que yo soy buena comiendo pan.

Finalmente llegó mi momento: Me planté en el escenario, y con una seguridad que pocas veces he tenido en la vida, aspiré fuerte. Apenas iba a comenzar mi monólogo, cuando el señor Kristoff gritó:

—¡Siguiente!

Ni siquiera había dicho una sola palabra cuando ya me había descartado. Me bajé muy confundida del escenario, pero Andrea me dijo que no me preocupara, que seguramente el profesor había notado mi presencia de alto impacto y, sin necesidad de decir nada, al instante quedó impresionado por mi gran talento.

Andrea me felicitó asegurándome que el papel sería mío. Y así me estuve aguantando los nervios mientras los chicos hacían las audiciones para el príncipe, esperando el momento en que anunciaran los resultados. Y mientras ellos audicionaban, ocurrió algo rarísimo que no me había pasado jamás en la vida.

Pepe, del tercero “E”, uno de los chicos más populares de la escuela, hizo su audición. Al parecer, Pepe no sólo tenía el cabello y cutis perfecto, también era muy talentoso. En ese momento sentí algo en lo profundo de mi estómago... Y no era hambre, ni vacío,

ni vergüenza o miedo, se sentía más bien como... mariposas revoloteando.

Era obvio que Pepe sería elegido como el príncipe. Volteé a ver a Andrea y apretándola del brazo le dije:

—Creo que estoy enamorada.

A lo que ella me respondió:

—¡Yo también!

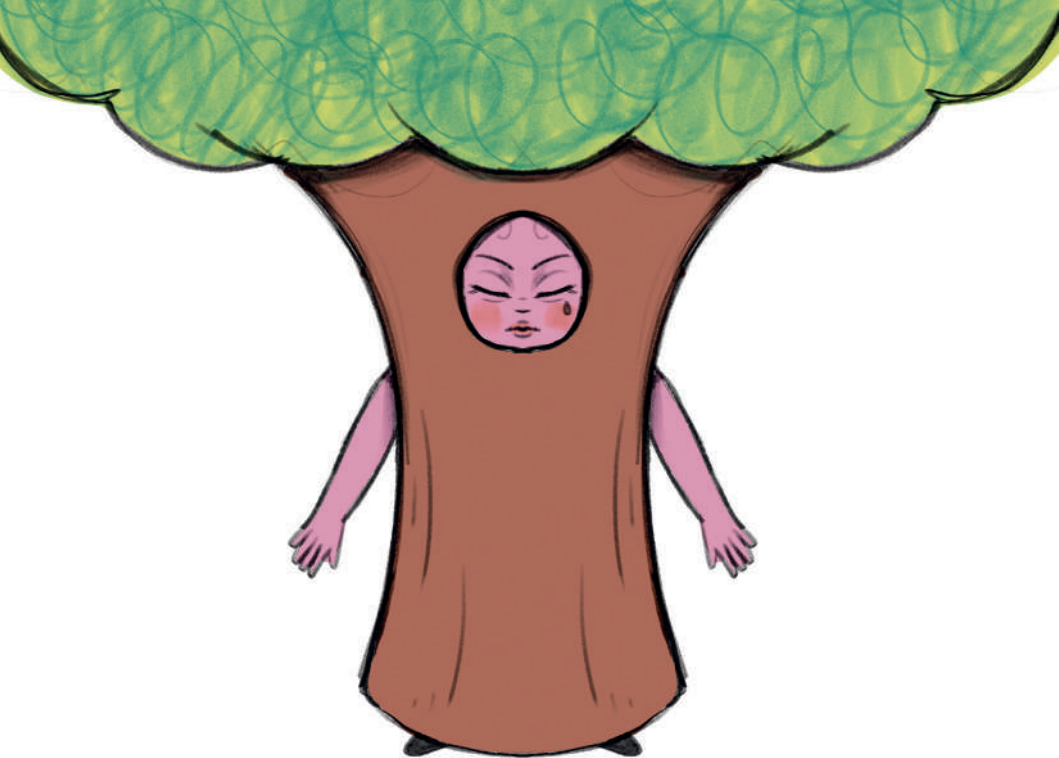
¿También?... A Andrea y a mí nos gustaba Pepe por igual, pero nosotras teníamos claro que nuestros lazos de amistad eran más fuertes que cualquier otra cosa, por lo que en ese momento nos prometimos que si alguna vez una de las dos tenía la oportunidad de andar con él, la dejaría ir. Sellamos el pacto con nuestro saludo secreto de amigas y le dije a Andrea que, aunque yo sería la princesa y Pepe el príncipe, no tenía de qué preocuparse porque yo no me olvidaría de nuestra promesa.

Y finalmente llegó el momento esperado, el profesor Kristoff anunció los resultados:

—Como el príncipe encantado —obviamente— ¡Pepe!... Y como la princesa: ¡Andrea!

—¡¿Andrea?! Pero si ella ni siquiera audicionó—le grité indignada y confundida al Señor Kristoff. Él sólo respondió:

—La decisión del jurado es inapelable.



¿Pero cuál jurado? Si nomás era él.

—Además, necesitamos a alguien a quien sí le quede el vestido de princesa—dijo con una risita burlona dibujada en toda su jeta de mala persona que no tuvo ni el menor empacho en disimular.

Andrea sólo se encogió de hombros y me dijo:

—No te preocupes, tampoco me voy a olvidar de la promesa.

Pero no era justo, ella no fue ahí para audicionar, es más, ella ni siquiera habría estado ahí de no ser porque yo la obligué a acompañarme. Y no quiero sonar envidiosa (mentira, sí era envidia), pero Andrea no actuaba bien... Ella sólo era... delgada.

Las semanas pasaron y, aunque nos veíamos en la escuela y en los ensayos...

Porque finalmente sí me dieron un papel en la obra: de árbol... ¡Pero qué árbol! Es cierto que no hay papeles pequeños, sólo actores pequeños, y yo nunca he sido pequeña, ni aunque quiera...

Como decía, aunque nos veíamos por los pasillos y en los ensayos... Andrea y yo cada vez hablábamos menos. En cambio, Andrea y Pepe hablaban cada vez más. Hasta que una tarde, durante el ensayo general, nuestra amistad se rompió irremediable y definitivamente.

—Ando con Pepe —me dijo.

—¿Qué? Pero... ¿Y la promesa?—le dije esperando que confesara que sólo era una broma.

Y que me responde la muy traidora:

—Es que lo estuve pensando y, mira, si fuera al revés, si a ti Pepe te hubiera pedido que fueras su novia, pues yo no me enojaría y me haría a un lado para que fueran felices... Porque una buena amiga se alegraría por la otra, ¿no crees?

—¿Por qué el énfasis en *buena*? ¿Estás insinuando que soy mala amiga? —le dije.

Y la muy payasa, creída, tonta de Andrea, me dijo:

—Pues si te queda el saco.

Y ahí sí sacó boleto. Mira que si algo tenemos las gordas es que ningún saco nos queda, pero yo entendí perfecto lo que me estaba queriendo decir. Una vez rota nuestra promesa, también se rompía nuestra amistad. Y yo, que con todo y todo traté de tomarme lo mejor posible que le habían dado el protagónico a ella sin que se lo mereciera, dije: “¡Hasta aquí!”, y salí enfurecida del camerino, eso sí, dando pasitos cortitos porque ya traía puesto el vestuario de árbol, que ni me dejaba moverme, y me planté —como buen árbol— justo al centro del escenario, interrumpiendo medio número musical, que igual estaba saliendo horroroso, y le grité al profesor Kristoff:

—¡No es justo que Andrea sea la protagonista, yo debería ser la princesa!

Y el maestro se puso de todos colores, ya hasta iba a empezar a gritarme, pero nel, yo sin dejarlo decir ni pío, me puse a actuar la parte de la princesa, que de tanto ensayarla con Andrea ya me la sabía de memoria.

No sé si fue el enojo, la adrenalina o puritita suerte, pero la verdad es que lo hice... demasiado bien. Más que bien, fue perfecto.

Todos empezaron a aplaudirme, incluso Pepe, que por vez primera notó mi existencia. Bueno, todos aplaudían, menos Andrea y el profesor Kristoff, que, con los ojos todavía desorbitados por el enojo, y con tono prepotente, me dijo:

—¿Ya acabaste?

—No... ¿Por qué no puedo ser yo la protagonista de la obra?

Y el profesor, con todo el tacto que tenía, que era nulo, me respondió:

—Porque la obra se llama *La princesa y el sapo*, y tú NO pareces una princesa.

Se hizo un silencio sepulcral en todo el teatro, tan enorme como cuando cumplí nueve años, como cuando fui al consultorio del doctor...

Mi cuerpo comenzó a hincharse, otra vez sentía que abarcaba todo el espacio posible, que me inflaba como un globo, hasta el punto de pensar que iba a estallar... Miré a todos lados, buscando dónde esconderme, pero sólo me topé con la mirada filosa de Andrea, que ya no era un lugar seguro, y no me quedó más que mirar al suelo y ver cómo toda la seguridad con la que había actuado hacía unos momentos se derrumbaba en cuestión de segundos.

Pero la humillación no estaba ni cerca de acabar. Al profesor Kristoff le pareció un buen momento para hablar sobre “credibilidad escénica”, y le explicó a todo el elenco por qué no podía elegirme como protagonista aunque hubiera actuado bien, porque...

—No es creíble, al público le va a dar risa ver a una princesa gorda.

O sea que NO es creíble que una chica gorda pueda ser una princesa y ser hermosa y pueda encontrar el

amor, pero es MUY creíble que un sapo se convierta en príncipe, que los animales hablen, que existan brujas y hadas y magia real... Que cualquier cosa sea posible, excepto que una gorda pueda verse bonita usando lindos vestidos y se bese con el chico popular.

Ese día el profesor Kristoff me enseñó una dura lección: No hay espacio para personas redondas en este mundo tan cuadrado.

IV

Al día siguiente se estrenó la obra. Durante semanas la gente habló de lo gracioso y fabuloso que estuvo el árbol y cómo se robó el espectáculo. Ni quién se acordara de los príncipes. Hasta Pepe se hizo mi amigo después de eso, y aunque al terminar la secun fuimos a prepas diferentes, nos seguimos frecuentando de vez en cuando. Él y Andrea, por otra parte, no duraron mucho. Y ella y yo no volvimos a ser amigas.

Tampoco volví al grupo de teatro después del estreno. Supe que el profesor Kristoff siguió dando clases



un par de años más, hasta que lo corrieron porque los alumnos finalmente se quejaron de su comportamiento inadecuado. Entonces se supo también que su verdadero nombre era Raimundo y no Kristoff. Y eso fue lo último que escuché sobre él. Desconozco si sigue enseñando, pero —por el bien del teatro y la docencia— espero que no.

Yo no dejé que esa mala experiencia me desanimara ni me quitara las ganas de seguir actuando, y para mi último año de prepa, ya sabía que lo que quería era convertirme en actriz profesional, pero me estoy adelantando en la historia... Para aquel punto, en la prepa, todas mis compañeras ya tenían o habían tenido novio.... Todas, menos yo.

La mejor manera de tener amigos hombres es siendo una chica gorda; si eres gorda nadie te ve como material de novia. Si les llegas a confesar que te gustan, ellos siempre te van a decir que te ven como su “mejor amiga” o, peor aún, como su “hermanita”. Al menos a mí eso me decían. También me decían que se la pasaban muy bien conmigo, que era muy divertida, que les encantaba platicar conmigo y que ojalá sus novias fueran como yo.

Con el tiempo, dejé de declararle mis sentimientos a los chicos, pues me convencí de que mientras yo siguiera cargando a otra niña, nunca podría tener un novio.

Por eso, cuando Roberto se me declaró a la salida el 14 de febrero, no le creí. Me aterraba que se tratara de una broma. Y aunque le dije que no, que no y que

no, y que me dejara en paz una y mil veces, él seguía esperándome a la salida —que en realidad era su entrada—, pues Roberto y yo pertenecíamos a mundos totalmente diferentes: él estaba en el turno de la tarde y yo en el de la mañana.

Nos conocimos por una amiga en común del club de teatro de la prepa. Roberto era moreno, alto, flaco... No flaco-flaco, flaco-normal. Estaba bieeen cegatón y usaba unos lentes con mucho aumento, pero, a veces, cuando se los quitaba para limpiarlos, se podía ver que tenía unos ojos color avellana muy bonitos... En general, era un tipo bastante normal. Quizás hasta se podría decir que era algo guapo...poquito... normal.

Todos los días, al salir de la prepa, ahí estaba él: esperando verme salir. Y sé que me esperaba porque su hora de entrada era media hora más tarde, lo que significaba que llegaba temprano sólo para poder verme.

Mis compañeras y sus amigos nos hacían bulla y siempre buscaban pretextos para dejarnos solos, aunque yo les pedía que no lo hicieran. Yo no quería porque sabía que obvio todo eso de querer ser mi novio era broma y, si le decía que sí, se iban a burlar de mí.

Hasta eso, para ser una simple broma, hay que decir que Roberto era persistente y tenaz. Día tras día yo lo rechazaba y día tras día él volvía a declararse... Hasta que un día no lo hizo más.

Un poco antes, durante el receso, mis compañeras me habían preguntado qué onda con el Roberto, que si no me gustaba aunque fuera un poquito.

—¿¡Roberto?! ¿Con sus lentotes de fondo de botella que ocultan sus ojos tan bonitos, su cabello negro brillante que peina siempre de lado, el chico más amable de toda la prepa, que le dice “salud” hasta a los gatitos cuando estornudan?... Noooo. ¿Cómo creen que me va a gustar?

Bueno... Tal vez a mí también me gustaba un poquito Roberto, pero ese era un sentimiento que nunca admitiría frente a nadie. Así que les dije que “cero que ver”, que aparte ya sabía que todo era un juego de él y sus amigos, y yo no les iba a dar el gusto de burlarse de mí.

Entonces todas las chicas opinaron:

—Deberías tener más autoestima, mientras sigas siendo insegura nunca vas a tener novio.

Mis compañeras tenían un concepto extraño de autoestima. Según ellas, yo no tenía pareja por “no tener autoestima”, pero si alguna vez se me ocurría ponerme una blusa que mostrara aunque sea un poquito de mi panza, un vestido pegado o una falda que enseñara mis piernas, ellas me decían:

—Ay, quisiera tener tu autoestima.

Y una lista de insultos disfrazados de halagos, como:

“Eres muy bonita de tu cara” o “si adelgazaras te verías tan linda”.

Claro, porque no podía ser gorda y bonita al mismo tiempo. Yo sé que no hacían esos comentarios con

maldad; creo que, como a mí, a ellas también les enseñaron que no está bien tener kilos de más. Por eso me costaba tanto trabajo creer que yo le podía gustar a alguien... Por lo menos a alguien “normal”.

Ese día, al salir de la prepa, Roberto no estaba esperándome. Incluso le dije a mis compañeras que se me había olvidado algo en el salón, que se fueran sin mí, sólo para hacer tiempo y quedarme a esperarlo un ratito más. Cuando no lo vi llegar, mi corazón se apachurró poquito... un montón.

Roberto finalmente se había dado por vencido. Entonces me puse muy triste porque por primera vez consideré que quizás existía la posibilidad de que no hubiese sido una broma y que yo le gustaba en serio a Roberto... Pero ya era tarde, lo había arruinado todo.

“Eso te pasa por ponerte tus moños. Si eres gorda, no puedes hacerte del rogar”, me dije.

Cuando un “¡Ey!”, atravesando la cancha, llegó hasta mis oídos y me devolvió la respiración, sólo para volvérmela a quitar, al ver que era Roberto que venía corriendo. Estaba todo sudado y agitado, pues se le había hecho tarde.

Llegó hasta mí y antes de que él pudiera siquiera preguntarme de nuevo si quería ser su novia, le planté un beso... En el cachete, no es para tanto. Yo nunca había tenido un novio ni nada parecido y me daba vergüenza... O quizás un poco de miedo de que, en efecto, todo fuera mentira. Y me alejé enseguida.

—¿Por qué te gusto? —le pregunté.

—Porque te he visto actuar en las obras de la escuela. Creo que eres muy talentosa y bonita. También eres muy graciosa. ¿Yo te gusto?—me preguntó todavía sorprendido y emocionado por el beso.

—Creo que sí —le dije, mientras me ponía colorada como tomate.

—¿Por qué te gusto?—me preguntó, ya abusando de su suerte.



—Porque tienes ojos bonitos y le dices “salud” a los gatitos cuando estornudan —le dije, y los dos nos reímos como tontos.

—¿Todavía quieres que sea tu novia?—le pregunté con todo el miedo del mundo y el corazón acelerado.

Y a Roberto se le dibujó una sonrisota de oreja a oreja, se quitó los lentes, me jaló hacia él y me dio un beso y un abrazo fuerte, fuerte.

Y yo, que toda mi vida me había sentido tan inmensa e inabarcable, cupe perfectamente en sus brazos. Por vez primera fui de la medida exacta del amor.

Las personas siempre dicen que para ser amada necesitas primero amarte a ti misma, pero gracias a Roberto aprendí que también puede ser al revés: su amor me hizo empezar a quererme. Todo el tiempo que estuvo a mi lado sentí que no era tan pesada mi carga.

U nos meses antes de salir de la prepa tuve una pelea con mamá. Le conté que quería estudiar teatro, pero ella dijo que si estudiaba eso me iba a “morir de hambre”.

¿Pero quién la entiende? Siendo así al fin se le cumpliría su sueño de verme adelgazar.

Le dije que yo quería convertirme en una actriz profesional. A lo que ella me contestó:

—Para eso tienes que ser delgada, ¿cuándo has visto gordos en la tele?



Y sí los había visto... Pero eran pocos, y nunca tenían buenos papeles... Siempre eran los malos o los tontos o los vagos... Y preferí irme de la casa antes que darle la razón. Fui a quedarme con la abuela... Sí, con la que vuela. Tampoco tenía muchas opciones.

La abuela era aún peor que mi mamá: siempre criticaba a todos por todo. Que si éste está muy chaparro, que si aquella muy flaca, que si el otro muy pobre...

“¿Todavía andas de novia con el prietito?”.

“Uy, te veo más repuestita, ¿estás comiendo más, verdad?”.

“Se ve que le entraste duro a los tamales en navidad”.

Pero al menos no me criticaba por querer estudiar actuación.

A la abuela nadie la corregía ni le decía nada porque “era de otra generación”.

“Ay, al rato que te vea actuando en las novelas de Televisa”, decía, con un gesto burlón apenas perceptible. Y yo le explicaba que no quería ser ese tipo de actriz, que más bien quería ser actriz de teatro, pero luego como que le daba coraje que yo no me molestaba y ya no me preguntaba nada. Ese era el truco con la abuela: sólo tenías que ignorar todas las cosas malas que decía.

Para el fin de semana, mamá ya me había ido a buscar para que me regresara a la casa, pero yo estaba

muy decidida: si ella no me apoyaba en mi sueño de ser actriz, no iba a volver.

—Hasta que te apareces por acá, chata —le dijo la abuela.

Mamá odiaba que le dijeran “chata”. La abuela le decía así por su nariz.

Y de ahí la abuela se agarró a criticarla y a compararla con mis tías, con las hijas de sus vecinas, con todo el mundo...Yo nomás veía cómo mi mamá rechinaba los dientes y apretaba el puño por debajo de la mesa. Tan enojada se veía que cuando me ordenó subirme al carro, no discutí con ella.

Nos abrochamos los cinturones en silencio, mientras la abuela nos seguía diciendo quién sabe qué cosas desde la puerta. Mamá arrancó el auto furiosa, pero se detuvo apenas una cuadra adelante.

En su cara se veía que quería decir algo, pero las palabras no salían de su boca y un sentimiento se le agolpaba en el pecho... No sé cómo describirlo, pero tenía un rostro que no había visto jamás: no era de enojo ni vergüenza, era... otra cosa.

—Perdóname —dijo mamá, y empezaron a brotarle lágrimas como ríos.

Y yo que me sentí villana por hacerla llorar, aunque no entendía ni por qué, sólo atiné a decirle:

—Ya ma', vámonos a la casa, no pasa nada.

Pero mamá sólo lloró más y más... Era como una niña chiquita, diminuta. Nunca lo había pensado así, pero en ese momento me pareció que a ella la abuela siempre la hizo sentir que era menos que una niña. Ahí estábamos las dos en el carro, en medio de la calle, hechas un mar de lágrimas por sentir que éramos de menos y de más, pero ninguna lo suficiente.

Hasta que al fin ella atinó a decir:

—Perdóname por no haberme dado cuenta de que mis palabras te hacían tanto daño. Quisiera que entendieras que todo lo que digo y hago es porque te quiero, porque me preocupo por ti, porque quiero lo mejor



para ti y no quiero que sufras. El mundo es muy cruel. Sé que no he sido la mejor madre... No son excusas, juro que hago lo que puedo. Cuando naciste me prometí que no iba a ser como tu abuela, que nunca te diría nada que te hiciera llorar... Pero mírame, rompí mi promesa. Fui yo la primera en lastimarte. ¿La pasaste mal por mi culpa, no?

Mamá tomó mi mano y notó el anillo que llevaba puesto, le tomó un segundo reconocerlo; era ese que me dio en mi cumpleaños número nueve, el de la promesa de que iba a adelgazar.

En sus ojos se notaba cómo algo se le había apachurrado en el corazón, y aún entre lágrimas me dijo:

—Quiero que me hagas una nueva promesa: que nunca más vas a permitir que yo, ni tu abuela, ni nadie, te haga creer que no eres suficiente, que no eres perfecta así como eres... Y que de ahora en adelante, cada vez que veas este anillo, te acordarás de lo mucho que te quiero.

Las dos nos abrazamos y seguimos llorando largo rato. En ese momento fuimos dos niñas, sólo dos: mi mamá y yo, cada una completa, suficiente, ni de menos ni de más.

EPÍLOGO

Otra niña: escribo esta historia para al fin poder despedirme de ti. Me has acompañado tanto tiempo que debo confesarte que me da miedo decirte adiós... Porque cuando una aprende a vivir con la herida abierta, no sabe cómo existir de otra manera.

Me despido de ti porque estoy cansada de traerte siempre auestas y de echarte la culpa de todo lo que me sale mal, de las cosas que no me atrevo a hacer.

Me despido de ti porque necesito aligerar mi carga para seguir avanzando, porque, aunque siempre me hicieron creer que te llevaba conmigo, toda la vida me sentí sola, a medias, incompleta... Insuficiente.

Hoy sé que no es así. Soy una mujer valiente, importante, valiosa y merezco sentir amor. No necesito compensar nada, no le debo nada a nadie, sólo me debo felicidad.

Adiós a todo el odio que sentí por ti.

Adiós al miedo.

Adiós a la vergüenza.

Adiós, otra niña.



Índice

I.....	9
II.....	13
III.....	22
IV.....	32
V.....	39
Epílogo.....	44

Secretaría de Cultura del Gobierno de México

Claudia Curiel de Icaza
SECRETARIA DE CULTURA

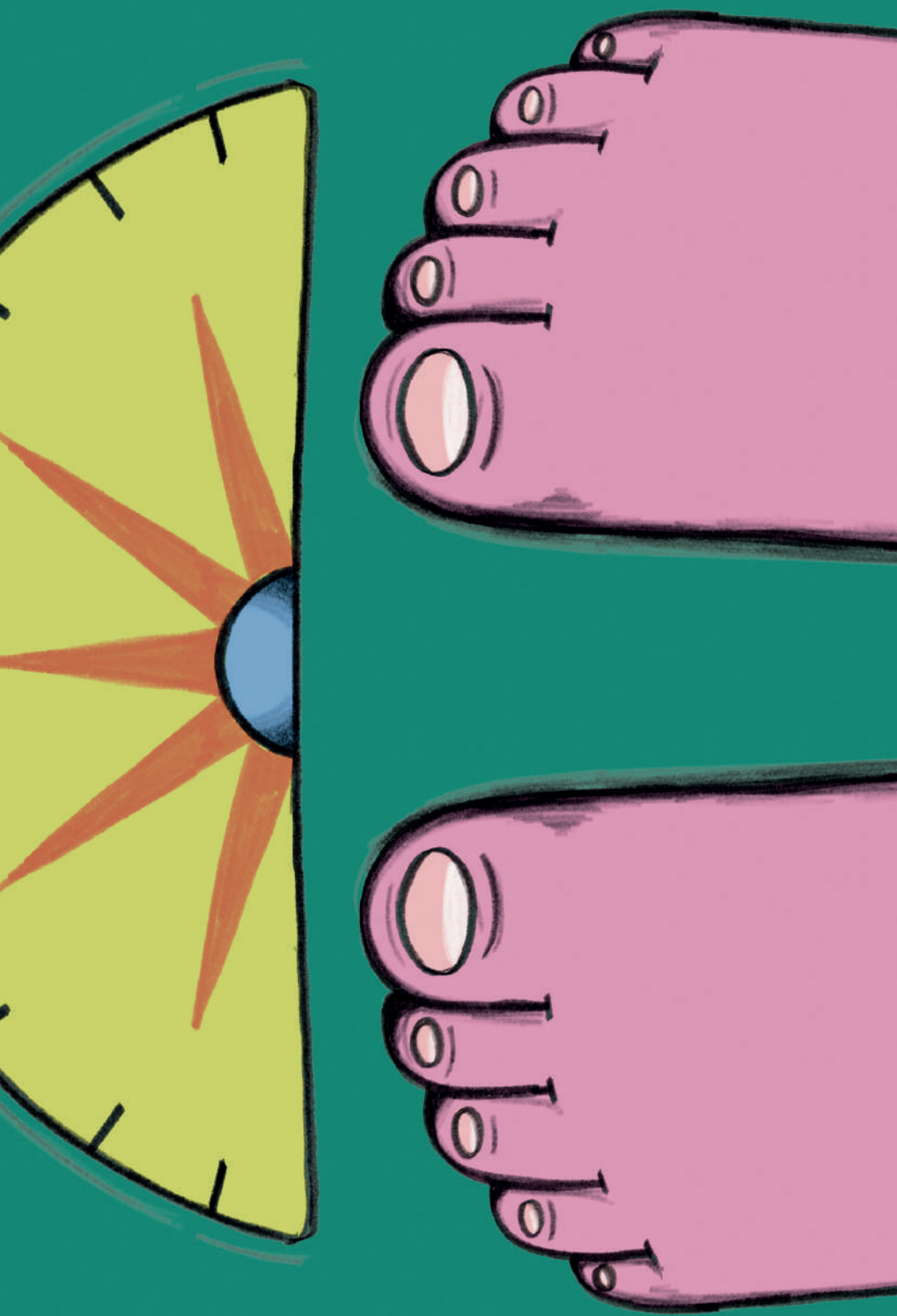
Marina Núñez Bepalova
SUBSECRETARIA DE DESARROLLO CULTURAL

María Guadalupe Moreno Saldaña
TITULAR DE LA UNIDAD DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Antonio Zúñiga Chaparro
DIRECTOR GENERAL DE VINCULACIÓN CULTURAL



Junio de 2026





Una niña como muchas, luchando día a día contra los prejuicios de la sociedad que la llena de inseguridades, busca salir adelante en la escuela, la familia y el amor. A veces los prejuicios pesan más que algunos kilos extra.



Gobierno de
México

Cultura
Secretaría de Cultura

Esta publicación es de distribución gratuita, ajena a cualquier partido político, queda prohibida su venta.

COLECCIÓN

ALAS DE
LAGARTIJA